

Queda prohibida la reproducción de artículos publicados en LA VANGUARDIA sin indicar la procedencia.

El trabajo intelectual

En el automóvil de un amigo he recorrido estos días algunos pueblecillos del litoral francés. Rubén Darío, nuestro querido poeta, ha llamado al automóvil, en su famosa Epístola a la señora de Lugones, «devorador de viento». Nada explica este modernísimo y maravilloso artefacto mejor que esta frase. Atravesar velozmente, vertiginosamente, llanuras, ascender y descender, con la misma rapidez, por las montañas que escalan las carreteras, tragarse el camino, decorar el viento: esto es, en resumen, lo que hacen los automóviles. Los paisajes pasan súbitamente; se alejan los árboles y las casas en un instante, y el viajero que va cómodamente arrellanado en un admirable vehículo, siente la amplitud, el ansia de tanto la velocidad aumenta, crezca, y que lo que es un minuto se convierta en un segundo. La aspiración secreta y profunda del automovilista consiste en anular, en destruir el tiempo y el espacio. En general toda la obra de la civilización tiende a esta aspiración: a hacer cada vez menores el espacio y el tiempo. Así, a medida que la civilización va aumentando, la vida se va tornando más intensa; son más rápidos y múltiples los sentimientos, y con la multiplicidad de las sensaciones, como existen más puntos de apoyo en la conciencia para el recuerdo, venimos a parar a una singularísima paradoja: la de que a la vez que suprimimos el tiempo con el perfeccionamiento del maquinismo; a la vez, repito, que estrechamos el presente, alargamos indefinidamente el pasado, puesto que la sensación de lo pasado es tanto mayor cuanto mayor ha sido el número de las cosas que nos han ocurrido o que hemos hecho en un tiempo determinado.

No vienen descaminadas todas estas reflexiones en el caso presente. El enlace de la idea de tiempo en un viaje por el litoral francés comprendido entre Hendaya y Biarritz, lo verá el lector cuando digamos que por estos parajes anduvo en 1876, no veraneando, sino invernando, un hondo y generoso filósofo que hizo objeto de sus meditaciones la génesis de la idea de tiempo. Conocidísimo es el libro de Guyau así titulado. Al pasar ahora por Guethary y por Biarritz he recordado, como otras veces, el nombre y los trabajos de este originalísimo pensador. En las dos poblaciones citadas, en la elegante y bulliciosa Biarritz y en la silenciosa y tranquila Guethary ha, fechada Guyau algunas de las más bellas poesías de su libro *Ferros de un filósofo*. En Guethary escribió, por ejemplo, el filósofo su poema *El pensamiento y la naturaleza*. Unos niños que corrían por la plaza triscando y jugueteando con las olas le inspiraron a Guyau estos versos de una honda e inefable melancolía. Como esa ola—decía el poeta—somos nosotros, los humanos; vamos y venimos sin cesar, eternamente, en oleadas de generaciones. Un poco de espuma blanca, nítida, finísima es la inteligencia; la inteligencia que es el producto más sutil y delicado de la evolución universal. «Flor de claridad, ligera espuma de las olas sordas», la inteligencia brilla, fulge, irradia en lo alto devoto, en la cúspide de la vida, y luego desaparece...

Cuando el filósofo Guyau estuvo por estas bellas costas de los Bajos Pirineos, ya su salud estaba profundamente resaca. Más tarde, cuando la enfermedad le mató se hizo más grave, Guyau dejó el brumoso y tormentoso Océano para ir en busca del claro, limpio, azul y cálido Mediterráneo. Junto a uno y otro mar escribió el filósofo bellas páginas de prosa y delicadas poesías. La tranquilidad que ansía todo pensador, todo artista, le encontró Guyau frente al mar de plata y frente al mar azul. El sosiego de esos lugares explica sin duda mucho de la seriedad y de la armonía en la prosa del pensador francés. De contar con un organismo sano y fuerte que le hubiera permitido vivir en un trabajo ruidoso, en una actividad tumultuosa ¿hubiera sido el mismo el ritmo del pensamiento en Guyau? Los artistas y pensadores que más admiramos, un Shakespeare, un Cervantes, un Goethe, por ejemplo, ¿cómo hubieran sido si hubieran vivido en otra atmósfera distinta de aquella en que vivieron, con métodos de vida cotidiana distintos?

Si a Kant, el hombre inesorablemente metódico, forzadamente amigo de la simetría, hasta el punto de sentir angustia, malestar físico, cada vez que veía un mueble o un objeto colocado un poco de distinta manera de cómo estaba siempre; si a Kant le hubieran trastornado todos los días la casa dos o tres minutos travesados, ¿hubiera podido escribir la *Crítica de la razón pura*? O mejor: esa *Crítica*—porque la hubiera escrito de todos modos—¿sería tal como hoy la leemos?

Sobre el trabajo intelectual existen multitud de prejuicios y preveniciones. Los mismos literatos y filósofos contribuyen a crearlos y divulgarlos. Creemos, por ejemplo, que la quietud y el silencio son requisitos indispensables para la con-

cepción y alumbramiento de las bellas y fecundas obras, y los hechos se encargan de demostrar a cada momento lo contrario. «El sosiego, el lugar apacible—escribe Cervantes en el prólogo del *Quijote*—la amenidad de los campos, la seriedad de los cielos, el murmurar de las fuentes, la quietud del espíritu, son grande parte para que las musas más estériles se muestren fecundas y ofrezcan partos al mundo que lo colmen de maravilla y de contento.» «Ha leído bien estas palabras el lector? Pues ahora recuerde que esta misma obra, una de las más admirables de la literatura universal; esta misma obra en cuyo prólogo se escriben tales palabras, fué concebida en una prisión—la de Sevilla—y trazada por un hombre en perpetua inquietud, en constante desahogo, agitado por la pobreza, hostilizado por el desdén de sus contemporáneos. Lo que en esas palabras se expresa era un ideal en Cervantes; soñaba la inmortal novela en la serenidad, en la quietud, en el silencio, en la placidez para poder componer su obra; pero su obra salió en todo eso, en la barandada de una cárcel y en el constante y azaroso peregrinar por los caminos.

Cada escritor ha tenido y tiene su método de trabajo. Tomás Carlyle amaba apasionadamente el silencio; él más leve ruido le desazonaba; su mujer, (uno de los más admirables espíritus femeninos que haya producido la sociedad inglesa), su mujer se esforzaba en procurar en la casa a Carlyle el más profundo silencio. ¿Hubiera escrito el pensador inglés sus libros entre el estrépito de una manifiesta agitación y ruidosa? Seguramente que sí. Teófilo Gautier, en cambio, amaba el ruido y las entradas y salidas de sus hijos en el despacho mientras estaba trabajando; se detecía en mitad de la tarea y leía en alta voz a los visitantes las cuartillas ya redactadas; se interrumpía frecuentemente para intercalar una charla, entre cuartilla y cuartilla. ¿Hubiera Teófilo Gautier podido escribir en el silencio y en la placidez? Seguramente que sí. La fuerza de la personalidad está en la subconsciencia; lo subconsciente es quien trabaja sin que el artista se percate de ello. Como esos árboles que crecen entre las infructuosidades de las rocas, la fuerza de lo culminante se abre camino también. A pesar de todo, contra todo, hasta llegar a exteriorizarse, a adjetivarse, en la obra de arte. Y el artista amante del silencio se adaptaría al ruido, y el amigo del estrépito se habituaria al recogimiento.

AZORIN.

San Sebastián, septiembre

Cotidianas

Muy natural es que andemos preocupados después de haberle visto las orejas al lobo; y que nos pongamos la venda antes de que por segunda vez nos descalabren. A los cuatrocientos gallegos del cuento les dejaron en pelota cuatro saltadores, porque los pobrecitos iban solos; y poco más o menos les sucedió a los que acuerdan del parravano cuando relampaguea y achaca al vecino la culpa, de que no poco tanto les cabe por su indiferencia cívica.

Claro está que si recordaran sus fuerzas y formaran en columna de honor cuantos están convencidos de que el orden social y la paz pública sólo pueden apoyarse establemente en el imperio de la justicia distributiva, resultarian superiores en número, calidad, decisión y energía a los que se empeñan en contrariar sinérgicamente las leyes biológicas de la sociedad recurriendo a la violencia, al odio, y a la destrucción que forzosamente han de engendrar sus semejanzas. Por desgracia no basta el lamento a remediar la croniciencia del mal ni son suficientes los arrebatamientos de última hora para dar eficacia positiva a la concentración de todos los hombres merecedores por su buena voluntad de que la paz descienda del cielo. Las impurezas de la realidad, que en este caso concreto encarnan papiricamente en triquiñuelas administrativas, niegan el voto a los ciudadanos no inscritos en las listas electorales así sean más listos que una cogullada y más monumentales que el mismísimo Colón.

Pero ¿quién tiene la culpa de que al ciudadano cuyo amor a la nativa tierra tan bruscamente se enardecen en momentos críticos, le hayan quitado el voto, como le ocupan al revolver a su revolucionario enemigo? No creo que la tenga el Cha de Persia ni el emperador de Trebisonda ni el archipirpano de las Indias, cuapó menos el municipal de punto. La tiene el mismísimo interesado que, en el verdadero momento crítico de la rectificación de listas, acompañada la sosegada toma del matinal chocolate con la lectura de algún energético comentario del periódico de su predilección, y lo recomendaba con entusiastas muestras de asentimiento y exclamaciones vehementísimas de: ¡eso está bien! ¡admíranle! ¡asi lo hablamos de hacer todos! ¡colosal!

Y mientras se entrega nuestro pacífico ciudadano a estas dilataciones de su yo indolente, remotas en el espacio socioeconómico, indispensable para la mantención de su yo externo, botazan y se desparazan a su entolado en la lectura atenta de anuncios y folletinos los empleados del negocio de ve-

lificación en espera de que vayan a rectificar quienes nunca llegan.

Si las listas están hoy como ayer y por las traxas estarán mañana como hoy, no extrañemos que de los mismos factores resulte matemáticamente el mismo producto.

ALFERIQUE

Cartas de un filósofo rústico

A un urbano de Barcelona

VI

Urbano amigo: En el supuesto de que no se hayan hundido las esferas con esto de la suspensión de garantías, vuelvo a escribirle, apartado por los vaqueiros del correspondal de LA VANGUARDIA, en Panto Anundón, en ingenioso escritor para el cercano invierno hambres y fríos rigurosos; y el no del frío, por lo menos del hambre, le da la culpa, en gran parte, a los estreches de las falda de las mujeres, que tanto me dieron que pensar a mí durante los meses de invierno. Ya me imagino que cuando esas falda se colan a cola habían de traer algún día. Pero no solamente sucederá esto, sino que además su falta de vuelo nos traerá un revuelo de todos los diablos. Ya ve usted como hasta los filósofos rústicos, cuando viene el caso, jugamos también del volubilidad.

Pero a mí, quizá por rústico, no me satisfacen las razones del correspondal, porque él por la falta de esas cosas y esas vueltas hay menos trabajo en las fábricas de telas de todas clases y aun de bordados y de botones y corchetes, no es justo que recriminemos a las mujeres que se quedan a las familias, al fin y al cabo, y por esto mismo, es parca y económica, y todo lo que en telas y botones no se gasta, en pan y carne se puede invertir.

Lo malo será que sobre el hambre que nos amenaza, se dieran nuestras mujeres a dar a sus familias gran vuelo y cola, sólo por el gusto de que vendan más los fabricantes de los generos que ellas usan. No, amigo, no; no osamos pobres y tontos, amén de que lo que no gastan las mujeres en ropa, lo gastan en bolao, y si los obreros y tejedores pierden trabajo, los peleteros lo ganan, y podría ocurrirle de los que tenemos mujer e hijas, que si se disminuir el bolao, que es un chisme que les ha caído en gracia, aumentaran luego las ropas por docenas de varas.

Precisamente entiendo yo, urbano amigo, que el hombre no viene por la economía, sino por el derecho: ese derecho que se emplea por parte de los que los Municipios y hacen su explotación en los individuos y las familias. Gastarán ellas, las mujeres, menos bordados y menos plimas y menos bolsos y menos telas y no tendrían necesidad el industrial ni el comerciante de llevar a sus casas tantos beneficios ni el empleado de sudar tanto y exponerse a cada momento a perderlos si el obrero se quejara tanto de lo exiguó de su jornal, porque los bolsos y los vestidos y los bordados y los sombreros, aunque parezca que no, aumentan el precio de la manteca y de la harina y de la carne y de cuanto comemos y bebemos, sin contar lo que ellos solos y por sí mismos llevan de café.

Me permitiría usted que me extienda un poco en este punto, porque no sé qué punto calisan su urbana entendidera, ni si es usted vivo o tardó en el cazar al vuelo las ideas. Quiero decir que si un industrial o comerciante no tiene un capital de cien mil pesetas, el caso, con un capital de cien mil pesetas, para mantener a su familia y ahorrarse todos los años veinte mil reales, le bastaba con ganar un diez por ciento sobre el tal capital, mientras que ahora, el mismo industrial con las mismas pesetas, tendrá que ganar el quince por ciento para mantener a la misma familia, porque ésta no sabe vivir con cinco mil pesetas al año, pues en sombreros y tocados solamente para las oblicas y la mamá se le van más de la mitad, sin contar los mayores al quíleros y el mayor confort y la mejor comida y el salario de las sirvientas y, en una palabra, lo que antes no tenía... y no cuánto los de él, del amo de la casa, que al fin del año también suman un poco.

Todo lo cual ha de salir del beneficio del negocio, —y si no sale, quíbrata el canto,— y por lo tanto, lo natural es que suba el precio de las cosas, y así como tanto tanto tanto, que lo que digo del industrial y del comerciante, le digo también del propietario y del mayero. Y para que vea usted que no miento, cuando digo lo que digo, díjese usted en una cosa. Haes treinta años, la mujer del negociante con un capital de veinte mil duros, llevaba mantilla; pues una mantilla costaba diez duros, y podía ser muy buena, y duraba, no ya una vida, sino varias, auto, que pasaban de madres a hijas y aun de abuelas a nietas...

Calcule usted que ahora la mujer de un negociante con veinte mil duros, lo menos que gasta, y suponiendo que no use más que dos al año, son docientas pesetas todos los años, que multiplicadas por los cuarenta de una regularidad matrimonial, son ocho mil pesetas y otras ocho mil de la hija mayor son diez y seis, y ocho más de la menor son veintiduro, que son una fortuna en sombreros, cuando las tres mantillas costaban treinta duros, y aunque las ponga usted en sesenta. Y lo que digo de la mantilla, digo de las sayas y del corpiño, y por ahí.

Ahora encáñese usted eso con lo demás de la vida moderna, y al momento se ve que el ciudadano que con el propietario y a los tres con el obrero y el empleado, y verá usted cómo uno a otros se empujan y todo ha de salir de lo mismo: de los productos de la tierra y los productos industriales, y más claro, de la patata y del trigo y de la carne y de la tela del sayo, y, en una palabra, que todo ha de salir en precio.

Ahora acabar de decirle, ponga usted los impuestos del Estado y los arbitrios del Municipio. ¡Municipio dije! Ya le vendrá un día, y por lo pronto hablémosle de ese mismo en todo y arrebámonle con todo que me descañe. Ahora le digo que el señor urbano, y vea usted el pueda valer hasta donde

nos está volando él con el pinche de sus impuestes y gabalas y dígame cómo es posible que se pueda vivir, cuando usted sabe ó debe saber que al fin y a la postre el gran economista de nuestros tiempos fué aquel baturro que así ver un eclipse, experimentado él y visto por otros, exclamó:

—Ya verás, maño, como esto acaba en que nos suban el yno.

Porque si no sobre el vino, viene a recaer todo sobre las demás cosas y tan más necesarias que el vino.

Las falda estrechas y ceñidas, eh? Los mil derroches de Estado, de Provincia y del Municipio, como decía el diputado por este pueblo: el riego de millones que por tal y por cual concepto se está haciendo desde los gobiernos de todas las naciones; un riego que sale del pozo artesiano del pueblo y del que no es pueblo y que se resuelve en el mayor precio de las patatas y el bacalao y el trigo. De tal manera, urbano mío, que uno de estos rústicos me decía que todo esto del Ministerio de tal cosa y Ministerio de cual otra y Dirección General de esto é Inspección de lo otro no son más que excusas para ir gastando los dineros de los españoles.

Y no sabía él ¡ay! que no solamente para ir gastando los dineros de los españoles actuales, sino los de las cuatro ó cinco generaciones que todavía han de nacer.

EL LICENCIADO PABILLON.

Hojeando la prensa

De La Epoca:

«Contina el destie de vestigos en pro de la justicia y del acierto con que procedió el bienhechor Tribunal militar que condenó a muerte a Francisco Ferrer y Guardia. Ya hemos subrayado el hecho de que uno de los primeros actos de la autoridad en Valencia para honrar el movimiento revolucionario anárquico de los pasados días, fué la clausura de la Escuela Moderna y la prisión de su actual profesor, Casanova, uno de los íntimos de Ferrer.

Pues hoy en El País; nada menos que en El País, y en una crónica de su correspondal en Barcelona, viene otro testimonio.

Uno de los señeros de aquella resolución judicial fué el hecho de que Ferrer y Ferrer a la labor de la Solidaridad obrera, cuyos directores lo fueron de la rebelión Los ferreteristas negaban ese hecho. Pues hoy leemos en El País:

«Solidaridad obrera no tiene dinero. Lo tuvo mientras vivió Ferrer, y por esto no desahudar en ninguna ocasión el dinero del extranjero.»

«Está claro. Ferrer otro de los hechos fué la labor de Ferrer cerca de Ardiá para ensanchar la revolución. También eso ha sido negado por los ferreteristas. ¡Que apóstrofos dedicados a ello en el debate del Congreso el gran don Melquíades el malsuco!

Pues hoy leemos en El País: «Ardiá volvió a Ferrer a la Casa del Pueblo cuando aquél iba a proponer a los radicales la revolución.»

«Está terminante!»

Del Diario Universal:

«En toda esa logomagia de la conjunción no hay más que una aplicación del cómodo sistema de sacar las castañas del fuego con mano ajena. Si esa aplicación se ha practicado ya en la clase obrera, cómo no había de darse por igual en las demás clases sociales? La clase media, la más desamparada siempre, la más meritoria en su acción y la que realmente siempre se sacrifica por la libertad, se ha penetrado por completo de que ni puede ni debe seguir contemplando pasivamente el espectáculo de esas supuestas libertades obreras, tras de las cuales se ocultaban fines políticos profundamente anárquicos, que ahora han dejado sangrienta huella en Cutlery, en Zaragoza y en Bilbao, y que si no han aumentado para siempre a la patria han sido gracias a la entereza y al acierto con que el señor Canalejas ha procedido.

La respuesta del presidente a los conjuncionistas en este punto muy expresiva; pero aun podía decir más recordando a los que sin razón alguna le calificaron de inhumano en la represión de esa lepra de vociferos inconscientes o demasiado conscientes: la conciencia y la voluntad nacional, que al resurgir muestran su vigor reclamando puestos de peligro y de honor en África y en los buques de guerra, y que más eficaz auxiliar de la patriótica política del señor Canalejas.»

Para el país ese recuerdo no era necesario, y lo demuestra el resturamiento de la voluntad nacional de que venimos hablando, y que puede ser la redención definitiva de la patria. Librándonos de esa lepra de vociferos inconscientes o demasiado conscientes: la conciencia y la voluntad nacional, que al resurgir muestran su vigor reclamando puestos de peligro y de honor en África y en los buques de guerra, y que más eficaz auxiliar de la patriótica política del señor Canalejas.»

Del correspondal de Las Provincias, en Madrid:

«La huelga ha terminado, sin duda, por el fracaso del complot revolucionario, y aunque algunos aseguran que el movimiento se repudiará con el pretexto de protestar contra las operaciones militares en Africa, se cree que los obreros viven muy quebrantados por los manejos de los agitadores.

«Por qué se declaró la huelga? ¡Por qué ha terminado? Porque quitó Pablo Iglesias en combinación con los republicanos. La terminación ha obedecido al fracaso. A éste ha contribuido la protesta de la opinión y el hecho de que los periódicos agitadores constantes de la civilización obrera y republicana, se han colocado resueltamente al lado del gobierno.

«En los obreros ha producido amargura a go de lo sucedido ahora en comparación con lo que pasó en época análoga. Ahora los que más han combatido a los buques de guerra han sido los obreros que en el tiempo aludido, cuando ocupaba el gobierno el partido conservador, les ampuaban a la huelga. Y no solamente les han combatido ahora, sino que han procedido a detenciones extraordinarias, poniendo todos los amedios, hasta apelando a cajistas militares para su publicación.

«Al partido conservador se le decía que si dos los tunantes que chillaban en París y en otros puntos eran la intelectualidad europea y que cuantos se agitasen aquí, formaban parte de una de las patrias. Ahora se ha hablado del dinero francés, de los sindicalistas de la Confederación General del Trabajo, de completos revolucionarios. ¡Por qué ahora sí y en otros momentos no? En las circunstancias y los actores han sido los mismos. Han variado únicamente algunas aspirantes a manejar el teatro, los lunas, ciertos otros los actores que anulaban y robaban lo que querían.»